

# SOBRE LA GESTA DE LA GRAN ARMADA DE 1588

Gumersindo ARROYO QUIÑONES  
Coronel del Ejército de Tierra

## Sectarismo generalizado



ODÍAMOS definir así aquellas teorías que, con arreglo a la documentación de la época que nos ha tocado vivir en España desde el momento en que desaparece la Casa de Austria con la muerte de Carlos II *el Hechizado* (1661-1700), y se entroniza la Casa de Borbón con Felipe V (1713-1746), nos hablan de acontecimientos de nuestro devenir histórico, admitiendo crédulamente toda clase de noticias y relatos en los cuales se ha dado por bueno cual-

quier escrito, en que salía malparada la actuación de nuestros mayores sin que se hayan puesto reparos por parte de historiadores, estudiosos y tratadistas hispanos en la verificación de tales actuaciones tras los minuciosos análisis que debían haber precedido a la conformidad.

Una de las poderosas razones, quizá la decisiva, de primer orden, que originó ese proceder de nuestros intelectuales fue precisamente el cambio de dinastía, en que la influencia francesa arrastra a España hacia la Ilustración y la Enciclopedia en oposición a la doctrina católica de la que la Casa de Austria era abanderada.

En ese sentido se va a producir una mudanza nefasta para el Estado al quebrar los hombres de gobierno uno de los pilares fundamentales en que descansa toda estrategia, es decir, la coherencia y continuidad en la doctrina política nacional, y que llevará a España al borde de la ruina material y metafísica, al cegar, esos hombres, las fuentes profundas de que se nutría la espiritualidad española, impidiendo de esa forma la nitidez mental en las clases directoras para conducir la nación de acuerdo a la naturaleza e idiosincrasia de sus habitantes.

Concretamente, a la falta de religiosidad, con el trueque, al sectarismo consiguiente, advino el desprecio por todo aquello que acusaba a las tradiciones patrias como impregnadas de «fábulas y leyendas» arraigadas en beatas y «gente de iglesia».

De ese modo se produjo un fenómeno anormal e impropio de hombres dedicados al estudio y la investigación, de forma generalizada y salvo honrosísimas excepciones, entre los eruditos hispanos, en que se admitía todo aque-

llo que, escrito por plumas extranjeras y enemigos de España, combatía y menospreciaba nuestras esencias, las glorias de nuestros antepasados, tildándolas de supercherías y bobadas propias, en consecuencia, de mentalidades trasnochadas.

### Primeras tergiversaciones históricas

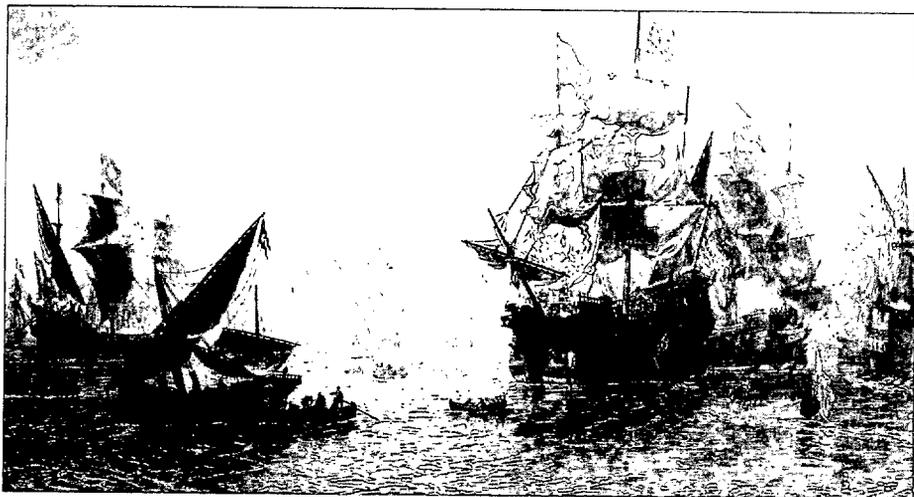
Quizá pueda afirmarse que la primera y más inaudita aberración que, desde el punto de vista histórico, haya sido cometida contra España hasta hoy fue el «gato por liebre» que, *urbi et orbi*, proclamaron nuestros enemigos, según la cual, la grandiosa y heroica gesta de la Gran Armada de 1588 fue victoria que no dio vergüenza a los ingleses apuntarse, pero que hoy, a la luz de la más rigurosa documentación, deja tan ridícula pretensión en el más insensato de los desatinos y sonrojos.

Sí puede aseverarse, en cambio, que el abandono del desembarco en Inglaterra de los españoles, debido a la muerte del prestigioso y gran almirante Álvaro de Bazán, y la falta de puertos para la Gran Armada en Flandes constituyó para los ingleses el mayor alivio de su historia y la liberación del terror que empezaron a pasar nada más vieron acercarse a la escuadra hispana a sus costas, atemorizados por la magnitud de aquella gran flota, para ellos ¡invencible!, y que, para celebrar el susto pasado, perpetuaron el miedo a los hispanos con la profusión de medallas y hechos conmemorativos.

Curiosamente, ya resultaba altamente extraña la especulación que la leyenda negra nos decía acerca de la «Armada Invencible», «formada por navíos muy pesados, había sido derrotada por la inglesa, mucho más ligera que la española». Este absurdo militar ha llegado hasta nosotros divulgado y admitido religiosamente por todo el mundo y lo hemos leído y estudiado en los propios libros de texto nacionales hasta época relativamente reciente.

La «Armada Invencible», así llamada por la flota ligera inglesa —no hace falta tener mucha imaginación para suponerlo—, que tenía la misión de ir señalando la progresión de la española hacia Inglaterra, y con cuya expresión de ¡invencible! contestaba atemorizada a sus jefes de la «City» en la petición de informes, era la «reina de los mares». Había sido diseñada y construida por el gran almirante Álvaro de Bazán, «Capitán general de la mar oceana», artífice de la victoria de Lepanto y destructor de la flota francesa en las Azores entre otras glorias y a quien su muerte le impidió conducirla.

Es necesario enjuiciar serenamente, con el paso del tiempo transcurrido, a dos hombres como Felipe II y el marqués de Santa Cruz —posiblemente envenenado para eliminarle de aquel mando—, por la suerte corrida en aquella ocasión por la Gran Armada, como iremos haciendo; no obstante, lo que sí puede afirmarse ya es que esa máquina militar fue maravillosamente concebida para la misión a la que estaba destinada.



La Gran Armada parte de La Coruña (22 de julio de 1588). (Grabado inglés de David Law, según dibujo de Oswald W. Brierly (siglo XIX). Museo Naval, Madrid).

En efecto, nuestros barcos, eran de gran porte, esto es, pesados, lo que implicaba mayor estabilidad, es decir, mayor precisión para la artillería de gran calibre, gran alcance y gran potencia con que fue dotada y, por si fuera poco, servida por los mejores artilleros de la época que imposibilitaban la aproximación de los ligeros ingleses, que nunca lo intentaron seriamente.

La demostración de que, lógicamente, fue así es fácil de hacer. Consiste en una simple relación de vulnerabilidades en función del alcance eficaz de tiro y potencia de materiales, ampliamente favorable a la Armada española. En cuanto al invento del tiro rápido inglés de que hablaron algunos intelectuales españoles invitados en nuestra televisión, carece de relevancia, caso de ser veraz, pero no merece consideración, al igual que la velocidad de navegación, pues, ambos aspectos quedaron totalmente neutralizados por el abrumador número de baterías y potencia de los navíos hispanos.

Fue de vergüenza ajena contemplar en la pequeña pantalla, en la televisión, con motivo del IV Centenario de la Armada Invencible, julio de 1988, a desarraigados intelectuales ibéricos comentar, admirados, «el invento inglés de tiro rápido con que pudieron hacer frente y batir a los españoles». En cualquier caso, la intervención de «nuestros doctos compatriotas» fue nada afortunada y poco decorosa.

Tuvieron que ser los mismos ingleses con ocasión de dicho centenario, los que informaron públicamente, a través de sus medios de comunicación, que entre ambas armadas no se desarrolló ninguna clase de batallas; la tempestad había hecho refugiarse a la inglesa en sus puertos, mientras la española era dispersada por la furia «de los elementos».

Esta sucinta presentación quiere ser muestra del violento huracán que se desencadena sobre España a partir del reinado de los Reyes Católicos, insidioso, solapado, pero ya sin solución de continuidad hasta nuestros días, y que podríamos definir como guerra total o «guerra sin cuartel», con la sádica y malévola intención de arbitrar toda clase de medios para destruirla.

## ¡La Armada Invencible!, leyenda negra

Como anillo al dedo nos viene lo que nos dicen Pierre de Bourdeille, Seigneur de Brantôme, en *Gentilezas y bravuconadas de los españoles*, y su traductor Juan Quiroga en las notas a pie de página. Ediciones Mosand. Madrid, 1996, págs. 60-63). Conviene estudiar este pequeño vestigio:

«Cuando el gran rey de España hizo y condujo una escuadra tan grande y soberbia contra Inglaterra, conocí, después del naufragio, a algunos soldados y capitanes, e incluso gentilhombres españoles que atravesaban Francia de vuelta a su país, y me hicieron grandes relatos del hecho. Entre otras cosas elevaban la armada a ciento veinte barcos, de trescientas toneladas el menor, y veinte de mil a dos mil toneladas, incluyendo cuatro o cinco grandes galeazas de todo punto incomparables, más entre cuarenta y cincuenta buques de siete a ochocientas. [La Gran Armada constaba de 130 navíos, siete de ellos de más de mil toneladas, aunque muchos no eran buenos barcos de guerra, sino mercantes adaptados. Llevaba 19.000 soldados y 8.000 marineros y costó más de 11 millones de ducados al Estado]. Pues desde hacía tres años el rey había puesto en la empresa todo su espíritu, su esfuerzo, su designio y sus recursos. Y concluyeron contando esta bravuconada: que un año antes de que la armada hubiera levado anclas, “el rey había mandado al gran mar Océano que se aparejase para recibir en su reyno y aguas sus vasallos, no propiamente vasallos, para decir verdad, más montañas de leño. Y también a los vientos, para cesar y callarse, y favorecer sin ninguna tempestad á la navegación de su armada, la sombra de la qual quería él que hiciese caer y baxar con grand humildad no solamente los árboles [“árboles” eran los mástiles más grandes] y mástiles de los navíos, más las puntas de los campanarios de toda Inglaterra” [Apenas iniciada su travesía (1588), las galernas dispersaron la Armada frente a La Coruña, empujando algunos barcos hasta el suroeste de Inglaterra. Llevó un mes reconcentrarlos y el almirante, duque de Medina-Sidonia, aconsejó calurosamente a Felipe II desistir de la empresa. A su vez, la Marina inglesa aprovechó la detención en La Coruña para intentar destruir allí a la Armada, pero los vientos se lo impidieron, y tuvo que regresar sin hacer nada].

Al mal presagio del comienzo se añadía el conocimiento de la situación, expresada por Bertendona, uno de los comandantes: “Los ingleses tienen barcos mucho más rápidos que los nuestros, y cañones de mayor alcance.

Jamás se nos acercarán, sino que permanecerán lejos y nos harán pedazos con sus culebrinas. Navegamos... en la confiada espera de un milagro”.

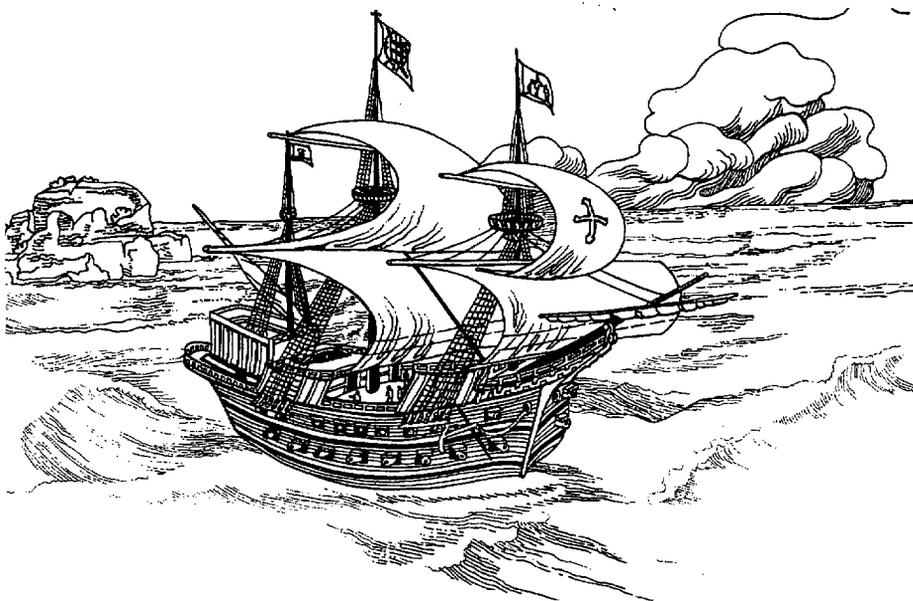
He aquí una hermosa rodomontada y amenaza si la fortuna hubiera querido favorecer la empresa. Pero esta gran flota quedó en nada, mitad por la aguda previsión y actuación del gran capitán milord Drap (Drake) [Francis Drake tuvo su momento estelar luchando contra la Armada, cuyos preparativos también retrasó mediante un audaz ataque por sorpresa a Cádiz, en 1587. Antes había realizado numerosas incursiones piráticas, algunas en tiempo de paz, por lo que fue acusado y obligado a devolver el botín; parte mínima, porque la reina Isabel, que estaba en el negocio, lo protegió eficazmente.

Drake era hombre bastante moderno y de espíritu práctico, bien descrito en el título de un libro compuesto en su honor por su sobrino: *Llamamiento a esta edad afeminada y roma, para que imite sus nobles empresas en busca de oro y plata*. Se volvió, en efecto, muy rico con sus atrevidas correrías. En una de ellas dio la vuelta al mundo (1580) y se hizo un escudo de armas con la leyenda: *Tu primus circumdedisti me*, algo exagerada, pues la expedición de Magallanes-Elcano se le había adelantado en 58 años.

Inició su carrera en una empresa pirática-comercial, con su pariente John Hawkins, en el Caribe, pero casi todos sus barcos fueron hundidos en combate en San Juan de Ulúa, y él escapó de milagro y arruinado. Cobró entonces un odio visceral a los españoles, aunque oficiales hispanos caídos en sus manos lo describen como cortés y generoso. Después de la Invencible dirigió una gran escuadra para tomar Lisboa y alzar a Portugal contra España. Pero fracasó, y las tormentas deshicieron sus naves, perdiendo miles de hombres. Murió en otra fracasada expedición al Caribe, en la que también murió Hawkins.

Su gran audacia y el éxito de muchas de sus empresas hicieron de él el héroe más popular en la historia de Inglaterra]. Uno de los más grandes capitanes que hayan surcado el mar Océano en doscientos años, o incluso nunca, y mitad por las tormentas y olas marinas, quién sabe si irritadas por las amenazas recibidas. [Inglaterra hizo un enorme esfuerzo y reunió más barcos que la Armada (casi 200 y 16.000 marineros). Su tonelaje era menor, aunque su potencia artillera superaba un tercio a la española y tenía mayor alcance y mucha mayor velocidad de carga. Pero, pese al negro augurio de Bertendona, la Armada recorrió todo el litoral sur de Inglaterra entre constantes escaramuzas, sin que los ingleses logaran hundir un solo barco español (ni lo españoles abordar a ninguno inglés).

La decisión se produjo en Calais. Drake envió contra la Armada ocho barcos en llamas (brulotes), que la hicieron dispersarse. Mientras se reagrupaba frente a Gravelinas, los ingleses se volcaron furiosamente sobre ella con todo su poder artillero, hasta quedar sin municiones. Los buques españoles, preparados para lanzar una andanada y pasar al abordaje, no lograban amarrar a sus ágiles enemigos y se defendieron muy mal. Ésta fue la gran batalla que, en definitiva, no resultó gran cosa. Los españoles tuvieron entre medio y un millar de muertos, y los ingleses quizá un centenar, y sólo un barco español



Interpretación de Justo Barboza del galeón *San Martín* de la Gran Armada, según los testimonios que se conservan en pinturas inglesas y holandesas de la época.

fue echado a pique, pese al derroche artillero, aunque bastantes fueron dañados de mayor o menor consideración. (Ese barco se hundió al chocar con un brulote, según el locutor de Televisión Española en Londres).

Sin embargo, la situación se volvió incierta para la Armada, pues su misión era transportar a Inglaterra el ejército de Parma, y las circunstancias le habían impedido contactar con él. Volvió a reunirse la Armada después de sortear casi por milagro los bajíos de Flandes, y sus jefes quisieron volver al sur, para tratar de encontrarse con Parma. Pero los fuertes vientos (los vientos de Dios, según los protestantes) se lo impidieron, empujando los barcos hacia el norte. La vuelta, rodeando Escocia e Irlanda, se convirtió en una terrible pesadilla por los temporales y naufragios. Al final, más de un tercio de las naves y quizá la mitad de los hombres se perdieron.

También los ingleses tuvieron sus mayores bajas después de la batalla. Los combatientes quedaron desatendidos, y murieron, probablemente la mitad de ellos a causa de las heridas, las enfermedades y el hambre. El primer ministro Burghley esperaba que «por muerte o enfermedad o algo parecido, podamos ahorrarnos parte de la paga», que se gastó en celebraciones. La defensa contra la Armada costó a Inglaterra 16 millones de ducados, de los que sólo 720 ducados se gastaron en compensación a los heridos. Burghley también tuvo el

ingenio de inventar el mote de *La Invencible*, que atribuyó a los españoles para hacer más sangriento su desastre.

Más que una derrota, la expedición de la Gran Armada fue un gran fracaso, semejante al de Carlos I en Argel, 47 años antes. Pero tuvo consecuencias importantes: fue un golpe muy duro al prestigio español e inauguró la era de los combates navales a base de cañoneo en lugar de abordaje. España, aunque volvió a construir flotas poderosas, perdió la carrera de la técnica naval y la esperanza de dominar los mares del norte. Irónicamente, Felipe II había advertido a los ingleses, cuando era su rey consorte, y ante el declive de la Marina isleña, que Inglaterra sólo podría defenderse de invasiones mediante una armada apropiada y lista en todo momento. (Datos tomados de *La Gran Armada*, de G. Parker y Colin Martin)]». (Pierre de Bourdeille. Op. cit., págs. 61-63).

A la lectura de esta referencia a nuestra Armada que leemos en el libro de Pierre de Bourdeille, Seigneur de Brantôme, lo primero que se nos ocurre es ratificar todos nuestros anteriores comentarios, al pie de la letra, con puntos y comas. Y, después, pensar, ante los hechos que relatan, que desde el «gran almirante» hasta el último marinero inglés, muy ineptos y cobardes debían ser para no borrar de los mares a la «pesada marina» de España. No podemos expresarnos de otra manera en la interpretación correcta de esos textos.

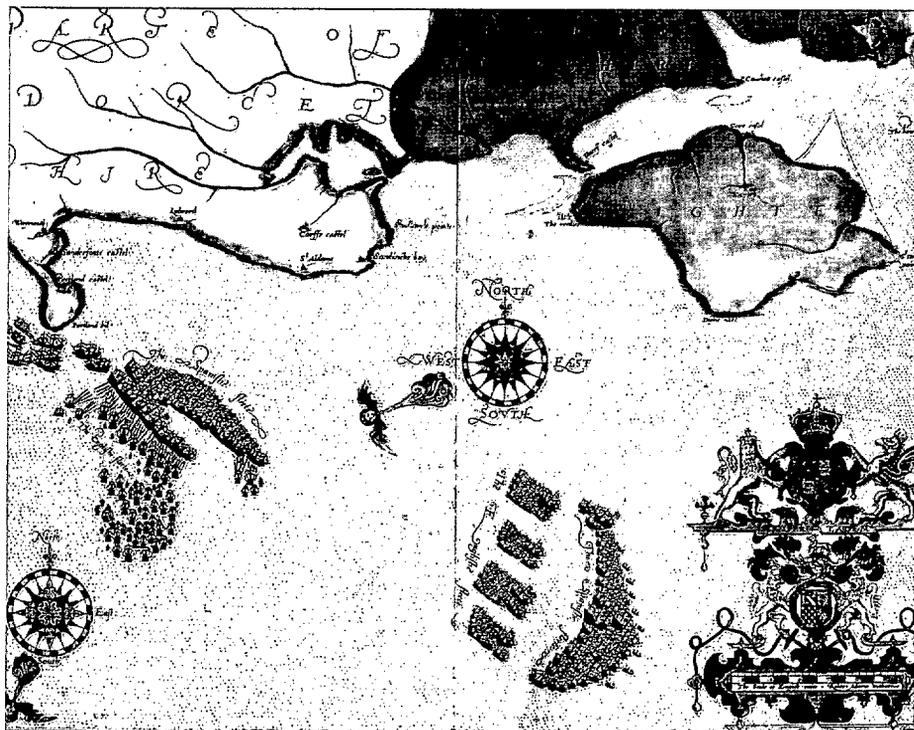
¡Es difícil explicar cómo los ingleses, con la gran superioridad numérica, técnica y maniobrabilidad de que disponían, no se empeñaron en una gran batalla decisiva para dejar malparada a la Gran Armada española que intentaba un desembarco en su metrópoli!

Según Parker y Colin, los ingleses disponían de barcos más ligeros, más rápidos, más veloces, dotados de una gran artillería, de gran potencia, tiro rápido y alcance en un grado muy superior a los españoles, ¡la cuadratura del círculo!

Que los españoles nos hayamos enfrentado a una flota de guerra así, paseándonos por todo el litoral de las islas británicas sin que nos hubieran hundido ni un solo barco, acredita a los españoles como ¡raza de titanes!, «hombres de hierro», decían de los españoles de la Reconquista (B. Monsegú. *El occidente y la Hispanidad*, Ediciones El Pasionario, Madrid, 1989, pág. 57), y explica, en cierto modo, los inútiles logros ingleses y el miedo que pueda explicarlo.

Con una escuadra de tan depurada técnica como se atribuyen los ingleses, la Armada española debería ser hundida nada más salir de puerto y, hallada en alta mar, su destrucción total sería cuestión de un simple ejercicio de tiro al blanco sin posibilidad alguna de que ningún navío pudiese en la huida buscar su salvación.

Estas especulaciones, o patrañas, que los autores ingleses ponen hasta en boca de Martín de Bertendona, jefe de la flota española de Italia, son el resul-



Combate entre la Gran Armada y la Flota inglesa entre Portland Bill y la isla de Wight (2-3 de agosto de 1588). (Grabado por Robert Adams). A la izquierda, el autor representa el combate del 2 de agosto, donde las galeazas españolas pusieron en grave aprieto a los navíos ingleses, separados circunstancialmente del grueso de Hovand. A la derecha, recoge el momento en que la Flota inglesa fue reformada y dividida en cuatro escuadras, que se situaron a retaguardia de los navíos españoles para seguirles hasta Calais (3 de agosto).

tado de la susodicha leyenda negra o trama político-religiosa dentro de la «guerra sin cuartel» con la que España sigue siendo acosada de forma sañuda.

Concretando: cuando la Gran Armada española, en la que todos sus mandos, que habían sido los que informaron a Felipe II sobre la situación naval de aquellas islas, dividió a los británicos en Gravelinas, se llevó por delante a Drake, con sus «flamantes barcos, potencia artillera, alcance y velocidad de tiro», de tal modo que, con el empuje de nuestra Flota, los ingleses desaparecieron de su horizonte para llevar aterrorizados a Londres la fama de ¡invencible! Bien es verdad que esta batalla y victoria decisiva de nuestra Flota no fue así considerada por los españoles, debido a que no consiguieron atrapar entre sus garrfos a Drake y sus muchachos en fuga, pero con el tiempo sí se la apuntaron en su haber los ingleses..., que así escribieron su historia.

Es imposible encontrar palabras de encomio para ponderar la superioridad técnica y la calidad y valor de mandos y marinería de aquella Gran Armada, que debe ser el orgullo de España. Sólo resta señalar, transcurrido el tiempo, que, descartados los navíos ingleses con Drake, que no eran enemigos para los hispanos, el desacierto, la aberración política de entregar el mando de instrumento tan maravillosamente creado y para cumplir una misión que tenía al alcance de la mano a quien «no era hombre de mar», «ni de guerra», como el duque de Medina-Sidonia.

Pero no será la última ocasión que verán los siglos en que la contumacia vuelva a colocar a España en casos similares, siguiendo ejemplos foráneos, cuando el liberalismo protestante, con sus intrigas y luchas de partidos, elimine a los ejércitos del tablero político, convirtiendo el mundo en un inmenso polvorín.

